

José M.<sup>a</sup> García López

EL CORAZÓN DE LA PIEDRA



Madrid, 2014

© de la obra: José M.<sup>a</sup> García López, 2014

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.  
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid  
info@nocturnaediciones.es  
www.nocturnaediciones.es

Primera edición en Nocturna Ediciones: enero de 2014

Este proyecto ha recibido una ayuda del Ministerio de Educación,  
Cultura y Deporte.



Preimpresión: PARIMPAR, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código BIC: FA

ISBN: 978-84-939750-7-4

Depósito Legal: 34845-2013

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).



RAMA DE LA CASA DE HABSBURGO A LA QUE PERTENECE LA NARRADORA:  
ARCHIDUQUESA SOR MARGARITA DE LA CRUZ

Maximiliano II de Habsburgo (1527-1576), emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, hijo de Fernando I de Habsburgo (hermano de Carlos V y ambos hijos de Felipe el Hermoso y Juana I de Castilla) y Ana Jagellón de Hungría y Bohemia. Se casó con su prima María de Austria y Portugal (1528-1603), hija del emperador Carlos V e Isabel de Portugal y hermana mayor de Juana de Austria, fundadora de Las Descalzas Reales de Madrid en 1559. Maximiliano y María tuvieron quince hijos:

Ana de Habsburgo (1549-1580), archiduquesa de Austria. Casada con su tío Felipe II y madre de Felipe III.

Fernando de Habsburgo (1551-1552)

Rodolfo II (1552-1612), archiduque de Austria. Rey de Bohemia, Hungría y emperador de Alemania.

Ernesto de Habsburgo (1553-1595), archiduque de Austria.

Isabel de Habsburgo (1554-1592), archiduquesa de Austria. Casada con Carlos IX de Francia.

María de Habsburgo (1555-1556).

Matías de Habsburgo (1557-1619), archiduque de Austria. Rey de Bohemia y Hungría. Emperador de Alemania. Casado con su pariente Ana de Austria.

Maximiliano de Habsburgo (1558-1618), archiduque de Austria. Gran Maestre de la Orden Teutónica.

Alberto de Habsburgo (1559-1621), archiduque de Austria. Soberano de los Países Bajos. Casado con su prima Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II.

Wenzel de Habsburgo (1561-1578).

Federico de Habsburgo (1562-1563).

María de Habsburgo (1564).

Carlos de Habsburgo (1565-1566).

Margarita de Habsburgo (1567-1633), monja en Las Descalzas Reales de Madrid.

Leonor de Habsburgo (1568-1580).

# I

*Pius hic ille est Victoria servus  
Christi ardens, Abulae gloria magna suae.*

En 1620, cuando ya llevaba en este monasterio treinta y seis años, supe que no tardaría en quedarme ciega, y desde entonces, aparte de las oraciones de la comunidad y las mías particulares, casi no he hecho otra cosa que recordar y preparar mi vida a través de la música. Pero decir aquí música es nombrar sobre todo a mi amado hermano y padre espiritual Tomás Luis de Victoria, a quien por su origen, como es bien sabido, todos llaman el Abulense. A él va dedicada, pues, gran parte de mi memoria y a él debe mi corazón haber podido refugiarme en mi locura para no verme arrastrada por otras, para no dejarme caer en la enajenación que me estaba atrayendo al menos desde la muerte de mi madre y que aún se haría más presente después.

La emperatriz murió el 26 de febrero de 1603 a la edad de setenta y cuatro años y nuestro maestro de capilla, en 1611 y a los sesenta y tres. Yo estaba confortada por la fe que desde muy joven tuve, pero aquellas dos ausencias, cada una en su momento, crearon una especie de terror en mi alma. Excavaron un orco en el que durante un tiempo apenas pude respirar, en el que no acertaba a sobreponerme al sufrimiento que se alimentaba de todo lo que yo era, que amenazaba consumirme en una estéril desolación. Luego, en un caso y en otro,

aunque de formas muy distintas y sin saber cómo, fui concentrándome de nuevo en la oración, en los trabajos del convento, a veces en la escritura y en la lectura. Cuando no pude leer, porque mis ojos se apagaron, ya me había recuperado en parte de aquellas dos muertes tan mías, pero mi tiempo se había convertido en un desierto de oscuridad, un peligro para los días que me quedaran por vivir.

Los lejanos y difusos de mi infancia en Viena, en el palacio imperial de Hofburg, no sé con exactitud cuándo empezaron a resurgir en mi mente y cómo fueron adquiriendo ese sutil y creciente modo de configurarse que me ha acompañado hasta aquí. Primero fueron días hechos principalmente de luz, entrecortados de melodías que pasaban a través de las ventanas como ráfagas de viento, rumores de conversaciones y risas por los jardines junto al Danubio. Luego aquellos tiempos se volvieron tristes a pesar de los cuidados de mi madre. A mi padre lo veía poco y, cuando eso ocurría, solía expresar ante mí una alegría que no me resultaba segura o que hasta llegaba a asustarme. Durante años no supe prácticamente quiénes eran mis muchos hermanos: unos eran mayores y desaparecieron hacia sus destinos antes de que yo llegara a este mundo, otros lo abandonaron pronto. Estábamos en Hofburg cuando supimos la noticia de que el emperador Maximiliano había muerto en Ratisbona. Yo tenía nueve años y no pude sentir mucho la muerte de un padre tan lejano. Quería mucho a mi madre y a mis hermanos Wenzel y Leonor. Él murió a los diecisiete años, cuando yo tenía once, y Leonor a los doce, cuando yo tenía trece y ya nos habíamos trasladado a Praga. Esas muertes fueron para mí más dolorosas de lo que pudiera expresar, como lo fue, también a edad infantil, la de mi sobrina María Élisabeth.

Poco puedo decir de mis cinco hermanos desaparecidos antes de yo nacer, ninguno de los cuales alcanzó a vivir más de un año. Y tampoco supe mucho en esa época, aunque, claro, más tarde sí, de Matías, Maximiliano III y Alberto de Habsburgo. El primero quedaría señalado en la historia por haber permitido el encono de las disputas entre católicos y protestantes y por haber arrancado con él una guerra que ya dura más de diez años; el segundo, por haber sido encarcelado tras su intento fallido de conquistar Polonia y haber tenido que ser liberado por el papa Sixto V; y el tercero, por ser probablemente el más acomodaticio y mendaz de todos: cardenal a los dieciocho años, fue virrey de Portugal y arzobispo de Toledo y luego se casó por interés análogo con nuestra prima, la infanta Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II.

Mi madre decidió abandonar Praga, tras tantas desgracias, y no se le ocurrió ni por un momento regresar a Viena. Pensó que debería volver a Madrid, de donde era natural, y acabar sus días en un convento, sabiendo que yo la acompañaría adonde fuera.

El monarca español, que pronto sería conocido por el sobrenombre del Prudente, tenía en el tiempo de nuestro encuentro unos cincuenta y cinco o cincuenta y seis años, había enviudado ya cuatro veces y arrastraba múltiples achaques, entre ellos los debidos a una innombrable enfermedad. Albergaba también la pretensión, aunque no se atrevió a hacerme en tal sentido una propuesta personal (en eso sí fue prudente), de que yo, de nuevo una sobrina, que en este caso no había cumplido aún los dieciséis, fuera su quinta esposa.

No sabría explicar qué sentimientos movió tal solicitud (que naturalmente rechacé con la intermediación de mi madre) y a qué mez-



cla de repulsión y enfado condujo antes de terminar en una pena que me torturó mientras continuamos en Portugal. Mi tío me pareció un ratón miserable más que un hombre poderoso. Un día vi en sus ojos una ambición inhumana, un extravío sólo concebible en un monstruo, que me inspiraba piedad y un desprecio simultáneo. Sí supe que no conseguiría ejercer la más mínima autoridad sobre mí, doblegar el menor de mis deseos. Temí haberlo ofendido en exceso, que al crecer en mí una suma de odios y soberbias innumerables Felipe entendiera que la última hija del Sacro Imperio pudiera creerse superior a él. Así pues, el rey quedó enterado de mi determinación de no contraer matrimonio, ni con él ni con ningún otro hombre, y mi madre y yo salimos de Portugal, firmes en una resolución: someternos ambas al régimen de clausura de las Descalzas Reales de Madrid y acabar aquí nuestros días.

Yo hube de esperar varios meses no obstante mi impaciencia, o a causa de ella, antes de profesar en la orden franciscana de Santa Clara, donde llegó el momento solemne de tomar los hábitos el día en que cumplí diecisiete años, el 25 de enero de 1584. Recuerdo que hacía frío entre nuestros muros, pero que esa circunstancia venía a ser un elemento más de mi felicidad. Actuaría cual disolvente de los sufrimientos acumulados o filtro que suspendiera todo posible mal. Por fin estaba a salvo, y mi madre también, de las asechanzas de nuestros agitados días, del ir y venir reclamadas por pasiones o afanes que sólo nos perturbaban, por voluntades y sentimientos que ya habían desbordado nuestras almas.

En la fiesta de mi iniciación al noviciado aún residía Tomás Luis de Victoria en Roma y todavía faltaban dos largos años para que

llegara a Madrid quien, a solicitud de mi madre, sería maestro de capilla y más tarde organista de las Descalzas, pero ya pude oír algunas de sus obras (para mí sonaban por primera vez) interpretadas por el doble coro del convento. Entre otras composiciones de grandes músicos, como Francisco Guerrero, Orlando di Lasso o Giovanni Pierluigi da Palestrina, se cantaron en nuestra iglesia el *O magnum mysterium*, motete muy corto pero espléndido, que luego oiría muchas veces a lo largo de mi vida, y una *Salve Regina* a ocho voces, de la que me haría muy aficionada.

Victoria se me reveló desde ese momento como el intermediario perfecto entre lo mejor de las criaturas humanas en este valle de lágrimas y la perennidad divina del espíritu. De las voces sumadas y entrecruzadas para las que había imaginado sus melodías sostenidas partían sentimientos dispares que terminaban confluyendo en uno solo. Volaban las más dulces entregas de quienes aún vivían, y vivíamos, en la Tierra, pero con muy altos vislumbres de un ámbito excelso, de una dicha fuera del tiempo y que no podría ser destruida. El Abulense poseía, sin duda alguna, un extraordinario don; él había sabido mirar, desde tan cerca que ya era por dentro, el alma de los niños con su perdición, su fe y su miedo; había estado en los sueños de las mujeres, en los arrepentimientos de los hombres, en la melancolía y la esperanza de los ancianos. Tomás Luis de Victoria iba a ser mi amigo y mi conductor y yo aún no lo sabía. Ansiaba conocer al autor de aquel arte, quería oír más, diluirme en él como una lágrima en la lluvia, un sollozo en el más amoroso consuelo.

De momento hube de contentarme en eso con la música que de vez en cuando venía precediendo al maestro. Así ocurrió cuando

cumplí diecinueve años, era ya sor Margarita de la Cruz y creía que había dejado de ser Su Alteza Real la Archiduquesa de Habsburgo. Nuestro coro interpretó una obra más larga del Victoria, un *Gaudeamus* que había escrito como homenaje al polifonista sevillano, ya desaparecido, Cristóbal de Morales. El *Jubilate Deo* de éste había servido de base para la obra del Abulense, quien, como haría tantas veces, había enriquecido el trabajo ajeno aun sin dejar de respetarlo. Recuerdo que durante un tiempo yo había recelado de tales usos, tan corrientes en la época con mejor o peor fortuna, pero gracias a mi admirado desconocido, o al menos en ese caso, pronto aprendí a entender sus razones. Victoria no tenía por qué copiar a nadie, ni siquiera a sí mismo, y sin embargo hizo en varias ocasiones una cosa y otra. En él esa práctica no era comodidad ni rutina, sino modestia y reconocimiento. Sus obras tenían siempre algo distinto, pero muchas veces él no quería que pudiera resultar demasiado. Creo que hubiera sido capaz de prescindir hasta del canto llano gregoriano y haber compuesto a partir de las armonías que él solo escuchaba en su mente. Fue humilde sin dejar de ser genial, ciñéndose voluntariamente a lo que había, y no se permitió ser desconsiderado con quienes en inspiración musical solían estar muy por debajo de él.

Tomás Luis de Victoria en persona apareció al otro lado de la verja de clausura de las Descalzas en fecha próxima a que yo cumpliera veinte años y cuando él casi me doblaba la edad. La primera imagen externa que tuve de él, me refiero sobre todo a las facciones y expresión de su rostro, no fue muy distinta de la última, poco antes de morir, veinticinco años después. Ni resultó discordante de la idea que me había hecho a través de su música. Quiero decir que, al verlo,

fue como si ya lo conociera, que me sentí en cierto modo ante una confirmación. Era de estatura mediana y cuerpo muy delgado (aún aparentaría más serlo bajo el negro mate de una sotana de buena tela), pero andaba erguido con naturalidad y sin envaramiento y su cabeza tenía una armónica distinción. Su mirada se cruzó un instante con la mía, pero fue suficiente para captar en sus ojos un retraimiento como de niño campesino, una sorpresa simultánea al descubrirme y una gran delicadeza interior.

Victoria poseía los rasgos que se hubieran supuesto en un castellano característico, refinados por su trato con otras formas de vida. Se diría tomado por una seriedad extraordinariamente serena, por un respeto que tal vez tuviera que ver con las discordias y confluencias de las letras y las artes romanas. Pasaba con fugacidad y algo de él se detenía; iba pensando en arduas empresas del alma, absorbido por algún difícil acorde, y tras él dejaba como la reverberación de un enigma y la promesa de resolverlo.

Debo decir, antes de que surja cualquier tipo de confusión, que ni en aquel encuentro, ni en ninguno de los que sucedieron a lo largo de los años, alteró mi corazón nada que pudiera incluirse en el sentimiento amoroso que de forma corriente, o exaltada y proverbial, suele herir a las mujeres y a los hombres. Nada que yo, como religiosa, hubiese de reprimir o purgar en mi conciencia, ni a lo que hubiera de temer o de lo que me tuviese que avergonzar. Sé que eso les ha ocurrido a otras y a otros en cualesquiera estados y sé que seguirá ocurriendo, pero cada cual debe afrontar con la ayuda de Dios sus debilidades y azares y hallar su camino de purificación. Hace tiempo que conozco esa clase de hechizo e inclinación, o esa

forma tan particular de amor. Lo leí en libros recomendados o prohibidos por mis maestros vieneses y praguenses y lo experimenté en mí, aunque ahora no quiero hablar de ello, la primera vez a los diez años y nuevamente a los doce.

Hubo una presentación oficial de nuestro maestro de capilla y otra más informal acompañado de quien sería mi confesor durante mucho tiempo, fray Juan de Palma, y entre ambas el abulense ofreció a los presentes (varios cargos cortesanos y eclesiásticos en un espacio y treinta y tres monjas en otro) un resumen bastante completo de sus actividades personales hasta la fecha y algunos principios y orientaciones de sus trabajos y proyectos musicales para el convento. En esa segunda reunión, que tuvo lugar a primeros de febrero, el maestro informó de su interés en ensayar con un gran coro mixto, para lo que contaba con la autorización de la emperatriz y la madre superiora, su obra capital *Officium Hebdomadae Sanctae*, compuesta en Roma, la cual habría de interpretarse durante los solemnes días que se avecinaban.

Los datos biográficos que Victoria dio en tal ocasión serían matizados después en conversaciones privadas, generalmente a través de una u otra celosía, siempre con exquisito cuidado y en tono austero y discreto, aunque no exento de viveza descriptiva, y son los que aquí yo recrearé a mi modo con mayor o menor fidelidad. Tomás Luis mostró desde niño unas cualidades excepcionales para la entonación, una sorprendente memoria auditiva y un carácter introspectivo muy notable. Tenía nueve años cuando su padre murió, era el séptimo de once hermanos y un tío suyo, sacerdote, se hizo cargo de él y le hizo ingresar como cantor en la catedral abulense. Antes el niño había

estudiado en el colegio de San Gil, donde se inició en las disciplinas clásicas y en otros conocimientos muy bien administrados por los jesuitas *ad majorem Dei gloriam*, como había sido reconocido, entre otros, por el autorizado juicio de la madre Teresa de Jesús.

El reciente huérfano vivió así bajo la tutela de la Iglesia, pero sin alejarse de la calle de Caballeros de Ávila, donde residía su familia, y teniendo como protectores al tío Juan Luis de Victoria y al anciano maestro de capilla Jerónimo de Espinar, quien instruiría al niño en canto de órgano, o polifonía, y contrapunto. De este hombre, que desapareció muy pronto, guardaba Tomás Luis de Victoria un inmejorable recuerdo, pues dijo que se hacía querer por su bondad y paciencia con los pequeños cantores, así como por su risa fácil y su simpatía natural. Amaba también el maestro la naturaleza y la libertad, y el niño Tomás Luis creía que a él lo distinguía de algún modo que no sólo correspondía a una compensación por la cercana muerte de su padre. Contó que el mismo año de entrar el aprendiz de músico en la casa catedralicia cayó en el claustro un cigojino de los muchos que empezaban a ensayar el vuelo sobre sus nidos y el maestro lo recogió para tratar de ayudarlo. El pájaro renqueaba por efectos del golpe, se había lastimado una pata sin llegar a rompérsela y no saldría por sus medios de aquel recinto de altas arquerías y columnas.

Don Jerónimo capturó el ave echándole encima un mantel viejo y fue a mostrársela a los niños con una sonrisa beatífica, diciéndoles que entre todos cuidarían al cigojino y le procurarían alimento hasta que pudiese volar. Victoria recordaba aquel día de verano como si todo en él tuviera el blanco y negro de las cigüeñas, recordaba los que siguieron y las peripecias de maestro y discípulos para conseguir

comida del gusto del zancudo huésped. Otras instancias domésticas de la catedral, eclesiásticas y seculares, colaboraron en aquellos cuidados, hasta que llegó el día en que el cigonino pareció repuesto y con el suficiente desarrollo para emprender el vuelo. Subieron los cantores y el maestro a uno de los torreones de la muralla contiguos a la catedral y soltaron el gran pájaro en el adarve, quedándose ellos observando a prudente distancia. Victoria me dijo que el cigonino dio unas cuantas zancadas mirando a un lado y a otro, y al hombre que lo había liberado, y enseguida aceleró batiendo las alas y elevándose contra el viento. Describió un par de vueltas erráticas sobre almenas y tejados, hasta que acertó a posarse, sobre el alborozo de los niños y la sonriente anuencia de Espinar, en uno de los pináculos del ábside.

Aquel relato de nuestro músico, y sobre todo sus gestos al transmitirlo, la interiorización de su mirada tratando de evocar al maestro don Jerónimo, me indicaron algunos rasgos claves, que luego confirmaría, de la personalidad del Abulense. Entendí su capacidad para convocar altos sentimientos y para recrear contenidos espirituales, mientras que yo veía una cigüeña que ya no era una cigüeña sobre un pináculo de la catedral castellana. Veía las piedras y los olmos, los valles y las sierras, y oía en su voz el rumor de la ciudad, sus pregones y rebuznos, el voltear de las campanas entre el graznido de las grajillas y el silbo de los vencejos.

Victoria tuvo después otros maestros, y tan queridos como Espinar: Bernardino de Ribera especialmente, con quien aprendió métodos y técnicas de composición que le serían fundamentales, o Juan Navarro, otro genio que no desmerecía junto a Morales o Guerrero.

Tuvo en el polo opuesto un enemigo, el cual aceleró en buena medida su decisión de abandonar la catedral abulense, y se llamaba Hernando de Isasi. Sería maestro de capilla durante veinte años, pero su altura moral no estaba a la de los maestros anteriores. Isasi envidió desde el principio el talento del joven Tomás Luis, pues tenía esa condición tan extendida y maléfica entre los hombres. Incluso cuando ya Victoria estaba en Roma, Isasi procuró ir contra los precoces logros de su obra, dado que no podía perjudicar directamente al autor. Tomás Luis por otra parte, aún en Ávila, ya había tenido el reconocimiento de otros más generosos, como Bartolomé de Escobedo, que había estado muchos años en el coro papal de Roma, o el insigne organista Antonio de Cabezón, el cual estaba casado con una mujer natural de Ávila y residía por temporadas en la ciudad. Ambos recibieron el agradecimiento del joven estudiante, que sin embargo no sintió por Isasi ningún rencor.

Tomás Luis de Victoria partió para Roma a los diecisiete o dieciocho años y, con Cabezón, su amigo Francisco Soto de Langa, los jesuitas abulenses de San Gil y otros intermediarios favorables, fueron allí sus avales el propio rey Felipe II y el cardenal-arzobispo de Augsburgo Otto von Truchsess von Waldburg, ambos benefactores del *Collegium Germanicum* que hacía ya más de diez años había fundado Ignacio de Loyola contra la reforma protestante. Victoria fue feliz en Roma y aprendió mucho: música y teología, filosofía y lenguas clásicas. En el *Collegium* se relacionó con maestros y estudiantes ilustres, como los ingleses Evans y Cottam, vivió en sus dependencias palaciegas de la famosa Via del Corso y se hizo amigo de los hijos de Palestrina, Rodolfo y Angelo, que residían en el próximo e igualmen-



te jesuita Seminario Romano. Éstos le presentaron a su padre, con quien perfeccionaría sus conocimientos de canto y órgano, y tal ayuda le facilitó ser contratado por la iglesia aragonesa de Santa María di Monserrato y, entre otras, por las de San Giacomo degli Spagnoli y la Santísima Trinita dei Pellegrini. Tomás Luis de Victoria empezó a ganar dinero, en ningún momento al punto de enriquecerse, y a obtener diferentes beneficios: unos debidos a su concienzuda dedicación y a sus formidables facultades, otros gracias a su mecenas Von Truchsess y algunos más, indirectos, por la protección del papa Gregorio XIII a la Compañía de Jesús. Bajo su influencia, el abulense pudo constituir una competente *capella musicale* en la iglesia de San Apollinare y publicar, en edición veneciana muy cuidada, sus primeras obras: los *Motecta*, que estaban compuestos por *missas, psalmos, magnificats...*, y varias composiciones menores.

Hay que destacar de esa época, o el maestro Victoria los destacaba, dos acontecimientos que le emocionaron sobremanera y le dejaron una huella indeleble: la fiesta que se celebró en el *Collegium Germanicum* y en el Palazzo della Valle con motivo de la decisión de los jesuitas de separar a los estudiantes alemanes de los romanos, con los que hasta aquella fecha, creo que octubre de 1573, habían convivido, y su ordenación sacerdotal a lo largo de 1575, cuando él tenía veintisiete años, que se consideraban pocos según lo acostumbrado. Es más llamativo que Victoria recibiera todas las órdenes menores y mayores en un solo período concentrado de muy pocos meses y que el ordenante fuera el obispo exiliado Thomas Goldwell, lo que prueba que la fama e influencias del abulense eran ya considerables.

En cuanto a la fiesta de separación de los estudiantes, que habrían estrechado en muchos casos fuertes lazos sentimentales, era evocada por Tomás Luis de Victoria con una fijación muy intensa, pero con una pasión quizá más honda, aunque contenida, no sé si porque en ella sería tan relevante la música. Se le encargó a él y no se escatimaron gastos. Me imaginé un día entero lleno de fervores de órgano y voces bien temperadas, muy distinto de los cortesanos que apenas alcancé y reconstruí a mi modo en Viena y en Praga. Sin embargo, Victoria me dijo que había logrado componer una música nada plúmbea ni severa, había luchado por introducir en la separación de los jóvenes un matiz de elevación y alegría, una gracia que había alborozado hasta al adusto coro papal que intervino.

Por la mañana hubo misa solemne y comida, al cabo de la cual los estudiantes alemanes, los italianos y los de otras naciones, junto con los preceptores, los padres jesuitas y los integrantes del coro vaticano hicieron bromas y parodias, cantaron y bailaron hasta el atardecer y empezaron a despedirse como si no fueran a verse más. Alternativamente sonó la música de Victoria de un modo u otro y en el camino desde el *Collegium* al Palazzo della Valle continuó. Los alemanes, en una doble fila de más de cien personas, fueron acompañados a su nuevo alojamiento, en cuyo vestíbulo se había preparado un altar. Los jóvenes se abrazaban y lloraban contagiando a los mayores, entre ellos al rector Michele Lauretano. Sonaban las notas del *Ave María*, el salmo *Super flumina Babylonis illic sedimus et flevimus...* *Laudes* con órgano y sin órgano, los motetes *Quam pulchri sunt*, que yo he conocido después, y *Surge prospera*, como un homenaje más a Palestrina; muchas músicas más que el maestro mencio-

nó, pero que ya he confundido con otros momentos y otros tiempos. Victoria estaba orgulloso cuando me contó las celebraciones de aquel día. Los alemanes se habían separado de sus antiguos compañeros sorprendidos del afecto que éstos sentían por ellos. Y yo pensé que unos y otros lo recordarían y mantendrían vivo en buena medida porque la música asociada del *magister musicae abulensis* era precisamente inmortal.

Un día del invierno vienés, no recuerdo con exactitud la fecha, confluyeron en mi mente dos impresiones que no olvidaría luego y que conformarían una parte importante, no siempre benéfica, de mi forma de ser. Se resolvieron en mi asociación instintiva de la vida y la muerte y en mi facilidad para la reconstrucción fantasiosa de los hechos o noveleería, la cual me sirvió a veces de penitencia, como yo digo, y otras de castillo interior, como diría la madre Teresa. La primera impresión la recibí junto con la noticia de la muerte del segundo hijo de mi hermana Ana y el nacimiento casi simultáneo del tercero, que tampoco superó la infancia; y la segunda, con uno de los numerosos ecos que la batalla de Lepanto produjo en todo el Imperio.

Del nacimiento y la muerte de mis infortunados sobrinos y primos me enteré por una conversación, oída sin querer, entre mi madre y una voz de hombre que no identifiqué, y en realidad no sé si acabé de comprender lo que había pasado. No creo que me hiciera una idea precisa de cómo nacían los niños, pero sí sabía que mi hermana tenía una parte ardua y decisiva en ello. Entender la muerte era algo más fácil, aunque no hubiera sido instruida en sus modos y

motivos, e indudablemente había pensado ya en ella como en una posibilidad personal tan misteriosa como improbable. Sabía que los animales morían, los insectos, los perros, los caballos, las mujeres y los hombres. Que morían los árboles y moriría en un tiempo más o menos remoto o cercano todo lo que tuviera vida. Pero también tenía el convencimiento, al margen de la fe religiosa enseñada y recibida, de que toda forma de muerte se incluía en otra forma superior de vida. Las piedras estaban muertas y vivían, los sonidos y la luz también estaban muertos y también vivían. Intuí que mis primos o sobrinos, o lo que quiera que fueran, se fundían en uno solo, la muerte del uno era la vida del otro y así sucesivamente.

La segunda reflexión de aquel día la tuve por la noche, cuando estaba en mi cama a punto de dormirme y oía tras las ventanas el viento y la lluvia como otros de aquellos seres muertos y vivos. De la batalla librada contra los turcos en el golfo de Lepanto por la armada de don Juan de Austria, por los marinos venecianos y los soldados del papa, había estado recibiendo datos confusos y exaltados desde mis cuatro o cinco años y había oído hablar de ella a mi madre, a mis ayas y maestros y a todo el mundo en palacio. Pero hubieron de transcurrir muchos meses aún antes de que pudiera hacerme una idea completa, por supuesto llena de ignorancias e invenciones, de aquella gran ocasión que vieron los siglos, y no sé por qué hubo de asociarse a esa noche tormentosa que digo. En su oscuridad brillaron por primera vez los barcos y los nombres y oí el fragor de los cañonazos y los gritos de los agonizantes.

Algo se aclaró en el interior de mi cabeza e inspiró que pudiera imaginarme las naves alineadas y enfrentadas en ese mar entre tierras

que no había visto ni vería con los ojos físicos, pero que sí podía abarcar, y mucho más, con otros que eran parecidos a los ojos del sueño. Así surgieron en un espacio de horizontes cambiantes las galeras, fragatas y galeazas de la Liga Santa frente a las de la escuadra del sultán otomano Selim II, mandadas por el señor de Argel, Ali Bajá. Los cristianos y los sarracenos se enfrentaban primero en un buen orden de batalla, pero al poco de esos inicios el viento y la desigualdad de los barcos, así como la impericia de algunos ocasionales navegantes y el miedo y el arrojo insensato de otros, producían choques y abordajes imprevistos y creaban un sangriento caos en medio de las aguas griegas. Yo estaba en un castillo de Lepanto como Antígona sobre los muros de Tebas y contemplaba toda la extensión del golfo erizado de fagonazos y mástiles truncados, de velas desgarradas y columnas de humo.

Don Álvaro de Bazán daba bandazos descompuestos en retaguardia, mientras los turcos de Mahomet Siroco de Alejandría se acercaban por el cuerno derecho de su medialuna al flanco izquierdo de la flota cristiana, mandado por el veneciano Barbarigo. Éste recibió una flecha envenenada en un ojo y murió apenas empezado el combate. Los marinos de Juan Andrea Doria iniciaron una maniobra envolvente por la izquierda y los de don Juan de Austria los secundaron, a la vez que la nave *La Sultana* de Ali Bajá se destacaba peligrosamente para poco después embestir contra la capitana de los nuestros. Entretanto, varias galeras turcas habían tocado tierra y sus tripulaciones desembarcaban y huían. Vi cómo otras luchaban con denuedo, cómo eran acribillados a arcabuzazos el corsario Kara Hodja y el capitán Dragut, cómo Ali Bajá fue abatido y un soldado de los Ter-

cios descolgó su estandarte otomano y le cortó la cabeza. Vi cómo se la ofrecía cual trofeo a don Juan de Austria y el gesto de este gran hombre, que era otro de mis tíos, rechazándola con asco y ordenando que la arrojaran al mar. Para entonces, los combates se extendían a mar abierto, pero en el centro del golfo muchos navíos se apiñaban trabados por garfios y espolones y los soldados y galeotes podían pasar de unas cubiertas a otras, podían salvar desniveles saltando como demonios, derramando su sangre que iba tiñendo las agitadas aguas, podían huir despavoridos o perseguir con saña a los que huían, prescindir de la artillería y las demás armas de fuego para atravesarse con espadas y cuchillos cuerpo a cuerpo.

Yo estaba aterrorizada, pero era absorbida por aquella vorágine de llamas y sombras, aquella carnicería que a la vez recreaba y en la que se me iban configurando, sin que antes hubiera visto sus formas ni en pintura, materializaciones del horror posible humano. Veía cuerpos mutilados y precipitados desde las proas; galeras y fragatas, que casi no sabía cómo eran, armadas e iluminadas por fuegos siniestros, navegando a impulsos de remos o velas, hechas añicos por balas de cañón que surcaban la caverna de mi cerebro. No sé cuánto tiempo permanecí así, tapada por las sábanas bajo la tormenta, procurando suplir lo que no me habían contado y seguramente había ocurrido, suponiendo una dimensión más vasta de los hechos, un valor y una maldad, unas razones mucho más auténticas y verdaderas de lo que ya podía haber conocido o me habían enseñado.

Me encontré en la nave *La Real* de don Juan de Austria, mientras perseguía a las pocas galeras turcas que no habían sucumbido y trataban de ponerse a salvo fuera del golfo. Oscurecía y el tiempo

empeoraba, por lo que abandonamos la persecución. Observé que iban mujeres en las naves y oí los vítores y los cantos de los marineros junto a los caballeros napolitanos, florentinos y españoles, la chusma de los remeros, que bebía y blasfemaba con los rostros ardientes mientras los heridos eran atendidos y los muertos, velados. Luego estábamos en el puerto, donde se refugiaban en círculo las naves maltrechas y los cientos de prisioneros temblaban a la luz de grandes hogueras. Me imaginé el cortejo de los vencedores: los estandartes y armas de los Cornaro, Caracciolo y Colleoni; los de la *Capitana de Génova*, cuyo capitán, Ettore Spinola, habría muerto en combate; los de las naves de Cosme de Médici y don Luis de Requesens, de la *Luna*, de don Manuel de Aguilar, y la de Su Santidad, mandada por Marco Antonio Colonna, las venecianas la *Nostra Dama* de Malipiero y la *Santa Caterina* de Marco Cigogna, la galera de Antonio Pasqualino, el cual murió también en la batalla y fue en los brazos de su hermano Filippo, de doce años, a quien el mayor había llevado para que éste aprendiera a luchar... Vi a los supervivientes españoles Juan Vásquez de Coronado y Luis Heredia, a Miguel de Cervantes herido y enfermo en la *Marquesa*, al marqués de Santa Cruz, don Álvaro de Bazán, en la *Loba de Nápoles*, a Giovanni Andrea Doria junto a un gran fanal con cristales dorados, a Uluch Ali pasando a cuchillo al caballero Angelo Bifali con toda su tripulación de marinos y galeotes...

Esos nombres de personas y barcos se me habían quedado grabados en la memoria y yo los distribuía a mi arbitrio. Agrupaba los muertos por heridas de arcabuz o de flecha, los destrozados por balas de cañón y los ahogados, los degollados por alfanjes otomanos y los



ahorcados en las arboladuras. Solía dar la victoria a los combatientes de la Liga Santa, como decían que había sido, pero a veces jugaba a amedrentarme con el triunfo de los navegantes y los jenízaros de la Sublime Puerta. Así me dormía, y así me dormí aquella señalada noche, envuelta en las brumas de la tentación o la incertidumbre, desconfiando del resultado real de tan gloriosa gesta y atenta precoz a las perspectivas variables de cualquier otra extraordinaria acción.

Hubo varias más, revisadas según esas mañas mentales, en aquellos años de juegos, estudios y primeras lecturas, y en alguna ocasión se hicieron reiterativas. Unas veces sus espectros partían de derivaciones de la realidad, como en el caso de Lepanto, pocas de mi experiencia directa, y otras de los relatos de asunto religioso o legendario transmitidos de viva voz o a través de los libros. Me martirizaba sobre todos ellos, cómo no, el de la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, los pasos dados por sus discípulos y verdugos desde la Santa Cena hasta el Gólgota, pero de un modo más íntimo ciertos rasgos negativos que no dejaban de guardar para mí una excéntrica fascinación.

Los hechos y motivos del traidor Iscariote, por ejemplo, vendiendo a su amigo y maestro, constituían uno de esos abismos que algo dentro mí hubiera querido aclarar o justificar. Se me aparecía Judas en un huerto de olivos luminosos, por el que revoloteaban abejorros y pájaros, y yo asistía al beso que señalaba al hombre que sería crucificado. Desde muy joven, y ya antes de venir a España, había sentido aquel beso como un suplicio, pues algo me decía que tal gesto no encerraba en verdad el significado que por lo común se le quería dar. Jesús hubiera sido prendido de todos modos por sus perseguidores,

que lo conocían sobradamente; no tenía el propósito de huir, sino todo lo contrario. Debía cumplirse el destino de su sacrificio por los hombres y Jesús, en efecto, aun temiéndola, no había eludido su responsabilidad. ¿Por qué el beso de Judas, entonces? ¿No sería la última despedida afectuosa? ¿No estarían de acuerdo maestro y discípulo para encontrarse de aquel modo? Pero ahí estaban las palabras «por un beso me vendes», que no acababa de entender y que me hacían sufrir. Hubiera querido convencerme de que tenían doble sentido, que eran un pacto entre los dos hombres destinado a una doctrina externa, una señal indudable, pero no de una traición. Lloraba compungida si pensaba en Judas. A él le habría tocado aquel otro sacrificio, que desde un punto de vista podía considerarse más terrible aún que el de Jesús. Judas cargaba con la peor parte de los hombres, pero con una parte muy significativa. Por eso había aceptado las oprobiosas treinta monedas y por eso había ido luego a arrojarlas a sus pagadores, por eso se había dado la muerte. Había cumplido su papel para que el de Jesús destacase aún más, él había pagado más cara que nadie la pasión de Nuestro Señor. Para mí, Judas era un amigo entrañable, como lo había sido para Jesús; él era el otro protagonista de aquella historia sagrada, el único héroe que nunca se podría reivindicar.

Pensaba aquellas cosas y temblaba en una soledad que ya no era infantil, me asustaba ante mis pensamientos y trataba de pedir perdón sin conseguir acertar. Luchaba por dejar mi mente en blanco, por no sentir lo que sentía, por convencerme de que no tenía que tratar de comprender. Las imágenes se ponían en movimiento y me ganaban. Judas cobraba una fisonomía flagrante y dolorosa, me miraba desde el

fondo del tiempo insinuándome un acuerdo, una compartida misión. Después, el cielo se oscurecía cerca del sueño y Cristo ya estaba muerto en la cruz, los apóstoles derramaban lágrimas y se iban con las cabezas bajas por distintos caminos. Alejaban al discípulo maldito de sus corazones, lo olvidaban, se perdían en el pánico y la desmoralización.

No es que fueran demasiado frecuentes aquellos arrebatos y confusiones, pero cuando sucedían me transformaban durante un tiempo en una extraña en el mundo real. Tenía la sensación de que los demás no me veían, o que veían en mí a alguien que no era, mientras que yo los veía a ellos como seres de otra dimensión. Su naturaleza era menos consistente que las figuras de mi pensamiento y me daba la impresión de que una y otras no se podrían comunicar de verdad, que estarían condenadas a convivir sin comprenderse. Luego las aguas tornaban a su cauce y mi madre resurgía como un nuevo universo de amparo, un ámbito en el que se diluyeran mis perplejidades.

Una vez, muerto ya mi padre y cuando era rey de Bohemia y emperador mi hermano Rodolfo, esos pretextos o estímulos de mi arbitrio se dieron con una particular intensidad envueltos en música, y fue con motivo de la confluencia de varias circunstancias. Mientras se acababa de tramitar entre Viena y Praga el traslado de la corte, decisión en la que se había empeñado Rodolfo, mi madre y yo nos habíamos instalado con nuestros servidores en el castillo y mi hermano iba y venía presa de una constante agitación. Rodolfo estaba obsesionado por las bellas artes, pero en concomitancia con la magia, la alquimia y otras locuras asociables, en las que gastó enormes cantidades de dinero a lo largo de su reinado, antes y después de que mi

madre y yo nos alejásemos de él. Celebró una fiesta en el castillo, creo que en el verano de 1580, pues sé que mi hermana Ana murió poco después, a la que acudieron muchos personajes que eran famosos en Praga. Entre ellos, según supe por mi camarera Jarmila Cermáková, había varios cabalistas judíos del Callejón Dorado, como un rabino llamado Yehuda Löw, cuyo solo nombre inspiraba temor; viajeros e intrigantes, como Krystof Harant de Polzice y Bezdruzice; astrónomos, como el danés Tycho Brahe; y sobre todo músicos e instrumentistas, como Philippe de Monte y Alessandro Orologio o Carl Luython y Jáchym Rudner, que eran encarnizados enemigos.

Esa noche, cuando mi madre se retiró a sus habitaciones, yo le dije a Jarmila que me llevara, como en alguna ocasión había prometido que haría, a un corredor inutilizado que estaba separado de la gran sala de audiencias y conciertos por una celosía. Jarmila en principio se resistió, pero enseguida aceptó conducirme, más por su espíritu curioso y enredador que por una amenaza de delación que, entre bromas y veras, yo le expresé y que no carecía de fundamento.

Tras dos o tres galerías silenciosas y una escalera muy empinada y estrecha, prácticamente a oscuras, llegamos ante una puerta que sólo tenía un cerrojo y Jarmila lo descorrió con sumo cuidado. A las dos nos palpitaba el pecho, pero el miedo nos excitaba y atraía. Pasamos al corredor, en una de cuyas paredes había nichos con estatuas, piedras y maderas arrumbadas, comprobando que hasta allí llegaban ráfagas de la luz de abajo, rumores de voces y risas junto con sonidos destemplados de instrumentos. Anduvimos con todo sigilo hacia el extremo de la celosía y desde allí descubrimos el salón de abajo, en el que se nos presentaban unas zonas bien iluminadas y otras más

oscuras. Vimos a algunos de los personajes antes mencionados en torno al emperador, sentado en su trono, y a otros que ni Jarmila ni yo conocíamos. Entre ellos había algunas mujeres con vestidos de colores fuertes, un tanto informales, de las que yo sólo pude distinguir a una dama de compañía de la emperatriz, la cual vigilaba complementariamente mis estudios, cuyo nombre era Lida Nemkova. Jarmila me susurró con un estremecimiento que creía que otra de las mujeres que andaban por allí abajo era la condesa y notoria bruja, en todos los sentidos, Marenka Zajic de Hazmburk.

Yo no había oído hablar de ella y no le di tanta importancia, pendiente como estaba de la abigarrada reunión. En un momento determinado, mi hermano Rodolfo y un amplio círculo de cortesanos se dirigieron a un espacio situado bajo nuestra galería y se quedaron en el límite de lo que, mirando casi en vertical, nuestra vista podía abarcar. De pronto, indicado por Jarmila, distinguí al rabino Yehuda Löw pasando de la luz a la oscuridad, y en ese instante unos cuantos instrumentos de una orquesta (sería una parte de la Gran Orquesta Imperial) comenzaron a afinarse como disponiéndose a una interpretación común. Ésta, sin embargo, no se llegó a producir y sí una creciente discusión, cuyos orígenes y asunto no alcanzábamos a precisar. Nos llegaban invectivas y risas, el rumor amenazante de un gato invisible, las notas ásperas de un clavicordio o algo afín, otros dispares ruidos de los que no podíamos saber si estaban enlazados o no.

Era una sombra informe la que se inclinaba sobre un larguísimo teclado, cuando ya sí se entendió con claridad, o sí lo entendió Jarmila, que alguien mandado por el rabino aporreaba un nuevo instru-

mento, y que éste lo había construido y lo estaba poniendo a prueba el citado Carl Luython, organista de Praga durante todo el reinado de mi hermano.

Rodolfo, por cierto, había desaparecido de nuestra vista; no sabíamos si había salido de la estancia o si estaba en alguna zona oculta. Algo, en cualquier caso, iba mal abajo, porque la orquesta no se resolvía a sonar y los intérpretes parecían andar cada cual por su lado. Arreciaron las risas y las palabras airadas. Dos hombres discutían, luego comprobamos que eran otra vez Luython y Rudner, apoyados respectivamente por Alessandro Orologio y Krystof Harant. Hablaban de asuntos ininteligibles, pero entre ellos distinguimos los nombres conocidos de Tomás Luis de Victoria y Carlo Gesualdo, príncipe de Venosa, del cual creímos oír que aun sin llegar a los veinte años ya era un músico soberbio y un hombre desequilibrado y azaroso.

Jarmila y yo nos miramos presas de un estremecimiento. Volvimos los ojos a la puerta por donde habíamos accedido a la galería y era como si hubiese desaparecido en la oscuridad y ya no pudiéramos regresar por ella. En ese instante ocurrió algo que nos aterrorizó todavía más y cuyo origen se situaba justo debajo de donde nos encontrábamos: se oyó el encadenamiento de unas fugas desacordes y horrisonas, una serie de exclamaciones sordas y un balbuceo o lamento que apenas se hubiera dicho humano. A la vez, un maullido desgarró la noche y vimos al gato que lo había producido, y que antes habíamos conjeturado, atravesar en diagonal la habitación de abajo y ascender de forma inverosímil por una pared lisa. De inmediato ganó la cornisa que corría bajo una ojiva y se deslizó por allí hasta fundirse

con las sombras. Fue como una señal para que la atmósfera cambiara en aquellas estancias. Las voces se calmaron y los demás sonidos se hicieron más acompasados. La criatura de la que más adelante sabríamos su naturaleza debía de haber sido neutralizada de algún modo, o tal vez había entrado en alguna suerte de razón. Empezó a sonar un órgano como un eco lejano, pero ni Jarmila ni yo nos atrevimos ya a mirar a través de la celosía y ni siquiera a movernos. Estábamos acurrucadas en un rincón y nos abrazábamos temblando. Poco a poco nos calmamos, a medida que otros instrumentos se añadían al concierto. Sonó con pasmosa dulzura aquel archicémbalo que habría inventado Carl Luython y nosotras fuimos descendiendo a un enardecido sopor que nos valdría de adecuada escapatoria.

Despertamos con la luz del amanecer filtrándose por ventanas y celosías y con los huesos entumecidos. La puerta de acceso a la recóndita galería había reaparecido, como había reaparecido el gato, que ahora esperaba muy tranquilo junto al quicio. Jarmila y yo nos levantamos y el animal se lanzó escalera abajo reindicándonos innecesariamente el camino. Mi amiga y yo fuimos capaces de sonreír siguiéndolo y, por fortuna, no encontramos a nadie en el trayecto a nuestros respectivos aposentos. Antes, ella me dio la mano, que tenía muy húmeda y fría, y las dos nos quedamos unos segundos escuchando el silencio sobrecogedor del castillo en sueños, una vibración que se extendía hacia los umbrales de otro mundo, a un ámbito maravilloso cuya grandeza no podíamos comprender ni nombrar. Pensando en ella me metí en la cama y me hundí por completo bajo las sábanas. Como de momento no tenía sueño, mi fantasía se puso a hacer cábalas sobre las voces, las figuras y las situaciones de la noche

y las fue seleccionando y articulando, a veces, como he dicho, en función de referencias precisas y otras según mis caprichosas ficciones.

Se me apareció la condesa Marenka retrocediendo deprisa hacia donde había sonado la música de Carl Luython y elevando antes el rayo de su mirada a la celosía tras la que habíamos estado escuchando y observando. Supe que aquella mujer había oficiado alguna intermediación decisiva en los turbios hechos de la pasada noche. Tendría que ver de nuevo con la vida y la muerte y la invención de la realidad, pero aún tardarían en llegarme datos más concretos al respecto. Pensé en cómo hombres, según opinión pública, malos y vulgares, como Luython y Rudner, eran capaces de crear instrumentos y composiciones musicales. En ellos había espíritu y vida, que prevalecerían aun cuando sus autores ya no estuvieran en este mundo. La música sería además interpretable de muchos modos a lo largo del tiempo, así como los actos humanos tendrían valores variables. Dios nos creaba y nos mataba por un designio impenetrable, pero la fe y las demás virtudes eran libres e independientes, eran imperecederas y nuestras.

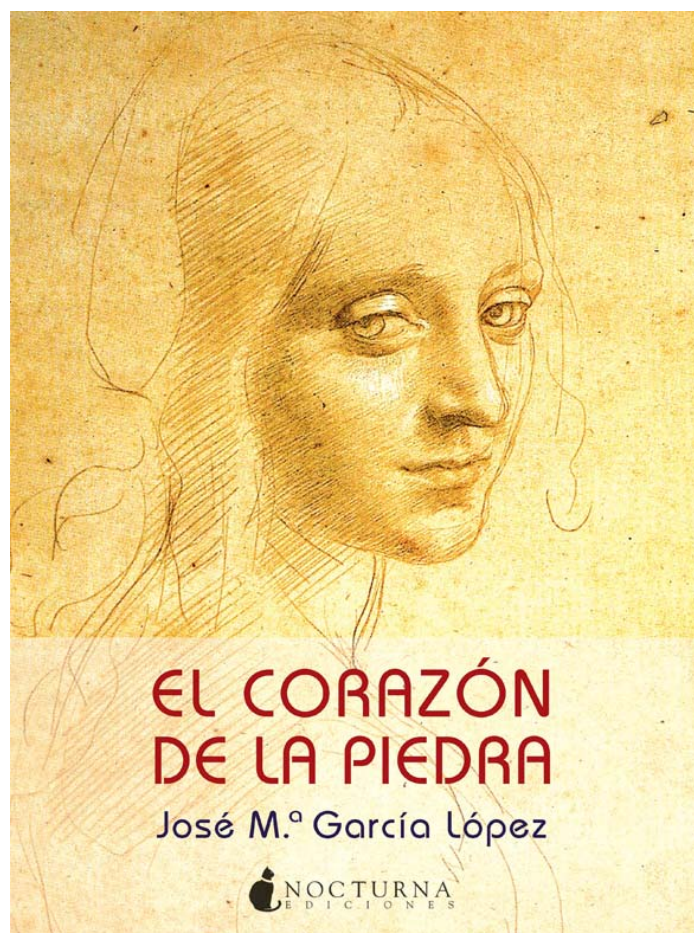


# SIGUE LEYENDO

A la venta: **20-1-2014**

## El corazón de la piedra

José M.<sup>a</sup> García López



**ISBN:** 978-84-939750-7-4. **PVP:** 19,95 €

 **NOCTURNA**  
E D I C I O N E S  
[www.nocturnaediciones.com](http://www.nocturnaediciones.com)

Distribución en España: UDL Libros ([www.udllibros.com](http://www.udllibros.com))  
Distribución en Latinoamérica: Azteca ([www.aztecadifusoradelibros.es](http://www.aztecadifusoradelibros.es))